

Fusión de horizontes. Disociación, Enactment y Comprensión



Donnel B. Stern Ph. D.
William Alanson White Institute

ABSTRACT

All understanding is context dependent, and one of the most significant contexts for clinical purposes is the self-state. How we understand the other, and ourselves, depends on the state(s) we occupy. Dissociations between an analyst's self-states can, therefore, limit or impede understanding of the analysand by depriving the analyst of a fitting context within which to grasp what the analysand says and does. Clinical understanding may require the breach of such dissociations. I lay out some of the implications of thinking about transference and countertransference along these lines, with detailed examples illustrating the consequences of the analyst's dissociations and their eventual resolutions. Among the advantages of this way of thinking is that it amounts to a psychoanalytic account of the hermeneutic circle.

RESUMEN

Toda comprensión es dependiente de su contexto y para los propósitos clínicos el estado del self es uno de los contextos más significativos. Cómo comprendemos a los otros y a nosotros mismos depende del o de los estado/s del self que nos habitan. Por lo tanto, las disociaciones entre los estados del self de un analista pueden limitar o impedir la comprensión del analizando, porque lo despojan de un contexto adecuado dentro del cual entender lo que el analizando dice o hace. La comprensión clínica puede requerir la ruptura de tales disociaciones. A lo largo de estas líneas establezco algunas implicaciones acerca del pensar la transferencia y la contratransferencia, ilustrando con ejemplos detallados las consecuencias de las disociaciones del analista y sus eventuales resoluciones. Entre las ventajas de esta manera de pensar está en que esto suma al psicoanálisis el modo de considerar que corresponde al círculo hermenéutico.

Palabras clave: interpretación, comprensión, círculo hermenéutico, disociación, enactment, impasse, contratransferencia, self múltiple.

Fusión de horizontes *Disociación, Enactment, y Comprensión*^{1,2}

El contexto y la fusión de horizontes

Comprendemos a nuestros pacientes cuando ubicamos su discurso y su conducta dentro de contextos adecuados o convenientes. Del mismo modo nos entendemos a nosotros mismos buscando nuestra inserción en los contextos en los cuales nuestra experiencia y conducta se ubican de forma más convincente. A los fines de este propósito, los contextos son atmósferas envolventes, cuestiones que tienen que ver tanto con estados de ánimo o afecto como también con contenido, dentro de los cuales pueden tomar forma algunos tipos de experiencia e interacción, mientras que otros no. Un contexto adecuado es aquél que permite el despliegue del sentido del discurso y de la conducta del otro, o de nuestra propia experiencia; el que permite la expansión del sentido, el que destraba una parte significativa de la capacidad de significación de la experiencia. Un contexto escasamente adecuado no posibilita ni potencia estos caminos, en cambio impide, detiene o inhibe los sentidos que pudieran surgir. Un contexto escasamente adecuado asegura que un nuevo significado permanezca bloqueado, forzando a que la comprensión se conduzca solo por caminos que llevan a destinos familiares.

Una vez que se es capaz de proveer un contexto adecuado, emerge un significado; uno ha comprendido. Pero el advenimiento de un nuevo significado no sólo indica la unión de la conducta con un contexto ade-

¹ Título original: *The Fusion of Horizons. Dissociation, Enactment and Understanding*. Publicado en *Psychoanalytic Dialogues*, 13(6):843-873, 2003

Traducción de Valeria Muscio. Revisión técnica: Carolina Hoffmann y Alicia Casullo

² Donnel Stern PhD es [ex]editor de *Contemporary Psychoanalysis*; analista y supervisor de formación, William Alanson White Institute; y miembro del claustro de profesores, Programa Post-doctoral en Psicoterapia y Psicoanálisis de la Universidad de New York.

Nota del autor: Agradezco a P. Bromberg por su maravillosa edición del primer borrador de este trabajo. También agradezco a Louis Fourcher por sus útiles comentarios y a Steven Stern por su atenta y detallada discusión de este trabajo cuando lo presenté en la *Chicago Association for Psychoanalytic Psychology* en septiembre de 2001. La sugerencia de Stern de que la identificación cumple un importante papel en la construcción de los estados del ser me condujo a incluir ese punto en los borradores posteriores. Este trabajo también fue presentado en el *Postgraduate Center for Mental Health* de New York, el 25 de enero de 2003 y en la *San Antonio Society for Psychoanalytic Studies* el 5 de octubre de 2002, donde me fueron útiles las discusiones presentadas por Wayne Ehrisman, Ph.D., Ursula Sanderson, Psy. D. y Thomas Stone, Ph.D.

cuado; es este nuevo significado el que realmente constituye esta unión. En reconocimiento de esta perspectiva, el filósofo hermeneuta Hans-Georg Gadamer (1965) describe como “fusión de horizontes” al nacimiento de esta nueva comprensión. El nuevo sentido que aparece explícito en la fusión es sólo uno de los que podrían haber surgido. Previamente, este sentido no existía en la mente, por lo menos en forma acabada, sino que es en el momento de la fusión que adquiere esta forma. Por tanto, a estos significados potenciales pre-existentes a la fusión de horizontes –de los que sólo algunos llegarán a la realización explícita– no es acertado describirlos como inconscientes, en el sentido habitual (es decir, ocultos, pero completamente formados), es mejor hacerlo como significados no formulados (Stern, 1983, 1997). Así, no es lo adecuado describir la tarea de hacer consciente lo inconsciente como aquella que le permite a uno aceptar lo que ya existe, mejor es plantearla como la liberación de uno para articular o construir aquello que se ha negado a pensar. La experiencia no formulada no está “allí” para ser revelada³.

Por lo tanto, situar la conducta en un contexto adecuado no es como hallar el sitio preciso para una pieza de rompecabezas. Por lo general, la forma en que captamos tanto la conducta como el contexto es construida, por lo menos parcialmente, en el acto de la comprensión, se trata de una acomodación mutua que la frase “fusión de horizontes” aspira a transmitir. La conducta y el contexto se modifican mutuamente hasta que, en la fusión, vemos que puede percibirse cuán bueno es el encaje desde el interior de lo que se intenta comprender. La incertidumbre se esfuma, por lo menos por el momento; sabemos que *es correcto*. Y sin embargo, por más que sintamos que esta nueva comprensión es la correcta, lo que nos exige comprender el momento siguiente podría llegar a ser tan ambiguo como lo que necesitábamos comprender un momento antes.

Una vez que ha tenido lugar la fusión de horizontes podemos hablarle al otro desde su propio marco de referencia. Pero el proceso me-

³ La afirmación de que toda experiencia se construye en forma continua no contradice nuestro reconocimiento cotidiano de que algunos significados son notablemente perdurables. El hecho de sugerir que en algunos casos construimos el mismo sentido, o el mismo patrón de experiencia, una y otra vez es enteramente compatible con la idea de que continuamente creamos nuestra experiencia de un modo nuevo. Empleando el vocabulario psicoanalítico convencional: la experiencia no formulada puede ser altamente estructurada –aunque nunca tan estructurada para que se excluyan las interpretaciones múltiples. Aún aquellos significados estructurados permanecen en proceso. Ni aún los significados no formulados más altamente organizados son objetos estáticos o surcos marcados en el cerebro, y nunca son absolutos, sino predisposiciones hacia ciertas clases de formación de sentido y no hacia otras.

diante el cual el analista llega a una interpretación clínica semejante, en especial cuando esa interpretación atañe a cuestiones de cierta importancia emocional en la relación analítica, con frecuencia requiere que exista un paso previo a la fusión entre los horizontes del analista y el analizando. Muchas veces tiene que tener lugar primero una fusión *dentro* de la experiencia del analista, una fusión entre el horizonte de “lo que se siente parecido a mí” y el horizonte de la “parte de mí que se siente ajena”, el otro en mí mismo.

Esta fusión de los horizontes de dos o más aspectos de la mente le permite al analista un mayor acceso consciente e inconsciente a su propia subjetividad (un término que empleo para referirme a toda la gama de la vida psíquica de un sujeto, incluyendo sus aspectos inconscientes), una libertad que luego se transmite al proceso clínico, que en ocasiones nos permite comprender cuando, con anterioridad, nada podía ser comprendido. La fusión de horizontes entre analista y analizando (en la mente del analista) es, en la tarea psicoanalítica diaria, el aspecto más significativo de lo que denominamos interpretación clínica o logro de empatía, del mismo modo que la fusión de horizontes constituye, *dentro* de la subjetividad del analista, lo que se conoce como el análisis exitoso de la contratransferencia. (Los mismos dos tipos de fusión tienen lugar en la experiencia del *analizando*, esto es, en la comprensión que tiene el analizando de la experiencia del analista, un proceso que corresponde al crecimiento en la capacidad del analista para interpretar y proveer empatía y contención, y en la comprensión de sí mismo por parte del analizando, que corresponde a la comprensión de la contratransferencia por parte del analista. Explorar este punto en detalle excedería los límites de este artículo).

Una de las intenciones en este trabajo es mostrar cuán productivamente ensambla la descripción hermenéutica de la comprensión con la concepción psicoanalítica del *self* múltiple. Como ya he señalado al referirme a la fusión de horizontes dentro de nuestra propia subjetividad, me parece que es productivo pensar en los estados del *self* como algunos de los contextos más significativos que utilizamos a diario en la situación clínica. Uno comprende la conducta cuando es capaz de imaginar el estado del *self* del cual ésta surgió y entonces comprenderla desde dentro de ese contexto. Sostengo después que los principales episodios de malentendidos en la situación analítica –circunstancias en que parece remota la posibilidad de una fusión de horizontes entre analista y analizando– pueden atribuirse, con frecuencia, a una separación o disociación de los estados del *self* relevantes del analista, forzada dinámicamente. El analista

inconscientemente se niega a sí mismo el acceso al contexto, al estado de su propio *self* –al otro dentro de sí– desde el interior del cual sería posible construir la experiencia del analizando. En términos más conocidos, el analista no se comprende a sí mismo lo suficientemente bien como para comprender al paciente.

En la filosofía hermenéutica, el proceso por medio del cual la conducta y el contexto se adecuan el uno en otro –la creación de la comprensión, la fusión de horizontes– se denomina círculo hermenéutico. El ámbito de aplicación de esta idea es muy amplio: incluye nuestra comprensión tanto de pensamientos como de sentimientos, y nuestra comprensión no solamente de otra gente y de nosotros mismos, sino también del arte, la literatura, el teatro e incluso la ciencia.

La literatura hermenéutica se centra mucho menos en la motivación inconsciente que el psicoanálisis, algo que no resulta sorprendente. Gadamer, en particular, cuyo trabajo se centra en la fenomenología de la comprensión –los episodios de interpretación y comprensión momento-a-momento que constituyen la experiencia humana– tiene poco para decir sobre psicoanálisis. Otros filósofos hermenéuticos, en particular Habermas (1971) y Ricoeur (1970, 1977, 1981), han mantenido relaciones más estrechas con esta disciplina, pero sus descripciones no se dedican a la construcción de experiencia momento-a-momento, que tan bien transmite Gadamer (1965). Y así, mientras preservo la visión de la comprensión de Gadamer, me propongo presentar aquí algo que Gadamer no hizo: una descripción psicoanalítica del círculo hermenéutico.

¿Cómo trabaja el círculo hermenéutico? Toda vez que tratamos de comprender trabajamos con relaciones parte-todo. Intentamos comprender algo nuevo aprehendiéndolo parcialmente, justo lo suficiente para identificarlo como una instancia de algo familiar, un significado que ya conocemos. Luego proyectamos este significado “total” en el significado “parcial” que hemos construido, completando el significado parcial, y el círculo.

(Al utilizar aquí “proyección” no me estoy adaptando al vocabulario psicoanalítico; el término se utiliza en hermenéutica en un sentido más general que en psicoanálisis y no se relaciona con la defensa. Éste se refiere más a nuestra imposición de sentido a lo que tenemos enfrente, basada en lo que ya somos capaces de comprender). El significado “total” es lo que he denominando “contexto”, y que Gadamer denomina “prejuicio”. Gadamer no utiliza el término prejuicio en su sentido más habitual, de connotación negativa; en cambio, lo emplea para significar que los contextos que proyectamos son expectativas o inclinaciones basa-

das sobre la experiencia pasada, tanto de nuestra historia personal como de las tradiciones culturales que han sedimentado en nosotros. Y, aun cuando los prejuicios pueden entorpecer la comprensión, si no son revisados, también la hacen posible: la innovación sólo puede comprenderse desde dentro de lo que nos es familiar.

El problema clave para cualquier tipo de comprensión, incluyendo el trabajo clínico, surge cuando el prejuicio o contexto que proyectamos no se adapta bien a lo que estamos tratando de comprender. En casos afortunados el psicoanalista ve que el contexto dentro del que está intentando comprender al analizando es inadecuado, que el sentido proyectado es inadecuado. Por supuesto, esta comprensión requiere que el analista sea capaz de tratar al contexto o prejuicio como una hipótesis, es decir, que sea capaz de cuestionar la validez de la comprensión familiar que está proyectando. Debe ser sensible a aquellos momentos en que el detalle que tiene frente a sí pone en duda la tesis conocida que aspira a proyectar: el psicoanalista debe mantenerse en un estado de incertidumbre tal que le permita rechazar lo que de otro modo se vería tentado de creer.

Cuando todo marcha bien, el proceso de comprensión, este círculo hermenéutico, es lo que el antropólogo Clifford Geertz (1974) denomina "un enlazado dialéctico continuo entre el más local de los detalles locales y la más global de las estructuras globales de forma tal de verlas en forma simultánea" (p.69). Utilizamos las partes para captar el todo, y el todo para captar las partes. El aspecto recíproco del proceso es el origen de su descripción como círculo. Para decirlo en palabras de Geertz, "Al transitar de ida y vuelta entre el todo concebido por medio de las partes que lo actualizan y las partes concebidas a través del todo que las motiva, buscamos, por una especie de movimiento intelectual perpetuo, que se expliquen mutuamente".

Se trata de una perspectiva comprometida, interactiva y dialógica de la comprensión. Necesitamos la colaboración del otro. Por nuestra propia cuenta no podemos entenderlo; solos no podemos elegir experimentar exactamente lo que el otro experimenta. El valor de la empatía no se discute. Desde una perspectiva hermenéutica la empatía no constituye alguna clase de inmersión monádica en la experiencia del otro. Es un proceso que requiere la participación del que va a ser entendido. Este aspecto tiene cabida tanto para nuestra comprensión de otra gente como para la comprensión de la otredad dentro nuestro: la comprensión es diálogo, aun si se trata de un diálogo que mantenemos dentro de nuestra propia piel/nuestro propio pellejo.

Pero, por supuesto, suele ser más cómodo pensar siguiendo senderos conocidos que tomar una dirección nueva. Es más fácil quitarle importancia a lo que es diferente respecto del otro que mantenernos abiertos a esa posibilidad. ¿Cómo mantenemos nuestra curiosidad y nos abrimos al otro? ¿Qué hacemos? El analista comienza tratando de tener en mente la muy alta probabilidad de que él no experimente lo que experimenta el analizando (y que no entiende completamente lo que él mismo experimenta).

En otras palabras, el analista imagina y vuelve a imaginar incesantemente los límites de su propio entendimiento. Cuando el analizando habla, o el analista observa algo respecto de lo que ha hecho el analizando, el analista toma nota de la interpretación que se le ocurre y luego se pregunta qué otra cosa podría querer decir el analizando. ¿Qué otra cosa podría significar este discurso o esta conducta? Se trata de una de aquellas operaciones paradójales, recursivas, como la operación de mirar a los propios ojos que ven: el analista trata de preguntarse acerca de lo que podría no estar pensando. ¿Qué podría ver de modo diferente? ¿Qué podría estar pasando por alto? Debe encontrar una forma de permitir que la experiencia del otro tenga su voz para “hablar”, tal vez incluso para hablar en modos que el analizando no sabía que pensara. El analista debe permitir que la experiencia del otro refute los supuestos que él mismo no sabía que estaba empleando.

Pero consideremos ahora lo que ocurre cuando el analista no tiene idea de estar seleccionando un contexto inadecuado para lo que está intentando comprender: es decir, el analista no comprende pero cree que lo hace. Aquí no hay diálogo, ni reciprocidad, ni fusión de horizontes. Lo que al analista podría parecerle un intercambio no es más que la imposición involuntaria y unilateral de un marco interpretativo sobre la experiencia del paciente, un monólogo disfrazado de diálogo. En estas circunstancias, el analista está propenso a sentirse crítico del paciente o frustrado por él. No ve que está esperando evidencia de lo que él ya sabe y, en consecuencia queda propenso a sentir (por más que culposamente) que el paciente es obstinado.

Tenemos aquí lo que podríamos denominar el círculo “vicioso”, no el círculo hermenéutico: no se abre a nada nuevo, sino que sólo conduce a la conclusión que lo había puesto en marcha en un principio. Estamos en el interior de un círculo vicioso cuando sabemos la respuesta antes de hacernos la pregunta, de hecho, cuando no estamos formulando ninguna pregunta. Pero al caer en las garras del círculo vicioso, éste puede no

parecernos vicioso: puede que por un tiempo permanezcamos totalmente convencidos de nuestra apertura hacia el otro. El círculo vicioso perpetúa nuestra proyección en contextos poco adecuados. Es lo que ocurre cuando no podemos o no queremos ver lo suficiente como para sacrificar nuestras preconcepciones: sofocamos o paralizamos el sentido que el otro provee y, en consecuencia, nos encontramos inevitablemente en una suerte de brete vincular. Veremos que en psicoanálisis el círculo vicioso es el resultado de la disociación entre los estados del *self* del analista.

El *self* múltiple como un contexto en permanente cambio

Como resultado del trabajo de una cantidad de autores, en particular Bromberg (1998), Davies (1996, 1997, 1998, 1999, 2002; Davies y Frawley, 1991, 1994), Slavin y Kriegman (1992, 1998; Slavin, 1996), y Pizer (1998), el psicoanálisis interpersonal y relacional se ha familiarizado con la idea de que el *self* no es simple ni unitario, sino un conjunto más o menos cohesivo de estados del *self* (véase también Mitchell, 1991, 1993; Flax, 1996; Harris, 1996; Stern, 1997). Estos diferentes estados del *self* pueden ser conocibles simultáneamente; esto no implica que una persona necesite estar desconforme por conocer un estado del *self* mientras “se encuentra” en otro. El *self* múltiple, como la condición esperable y diaria de identidad, es entre otras cosas, un agregado muy útil a nuestra conceptualización del rol del contexto en la comprensión, porque nuestros frecuentes cambios de un estado del *self* a otro enfatizan el cambio continuo en el contexto de toda comprensión.

La idea de *self* múltiple en psicoanálisis le debe mucho a Sullivan (1950), quien sugirió que el campo interpersonal determina los contenidos de la conciencia. La clase de relación que establecemos con otra persona tiene que ver con todo lo que podemos darnos cuenta en presencia de ella y con cada cosa que esa persona puede darse cuenta en nuestra presencia. (Empleo el término “presencia” tanto en su sentido físico como en el sentido intrapsíquico, más metafórico, como las presencias simbólicas del mundo interno). Después de todo, fue Sullivan quien dijo medio siglo atrás “Por lo que sé, tenemos tantas personalidades como relaciones interpersonales” (p.221).

Es cierto que en aquel momento Sullivan no estaba proponiendo una teoría del *self* múltiple. Estaba criticando la reificación de la idea tradicional de que todos tenemos algo que estamos autorizados a denominar *self* único, unitario. Pero si agregamos a esta crítica la importancia

que le otorga Sullivan al trauma, y a la disociación como proceso defensivo, lo que obtenemos es el embrión de lo que ha devenido *self* múltiple en los desarrollos de los teóricos del psicoanálisis interpersonal y relacional. El gran hallazgo de Sullivan de que lo que podemos experimentar está definido por el campo, en la teoría del *self* múltiple se convierte en la idea de que cada estado del *self* es definido por la experiencia que somos capaces de crear, de sentir y de formular desde el interior de éste. Cuando, por razones defensivas, impedimos que ciertos estados del *self* entren en contacto con otros, y nos restringimos solamente a algunos de estos estados, excluyendo otros, también estamos restringiendo nuestro acceso a la riqueza y la profundidad de la experiencia que podríamos llegar a tener. Así, reducimos la imaginación, la precisión y el matiz afectivo de las formulaciones de la experiencia que somos capaces de enunciar.

En la vida de cada uno, el *self* múltiple aparece en primer lugar porque cada uno de nosotros es diferente en presencia de otros diferentes. Nuestros *selves* son originariamente convocados por otros, a pesar de que pronto nuestros propios estados de ser comienzan a ejercer su propia influencia sobre la vida de esos otros, de forma tal que, en cierto sentido, cada uno de nosotros es convocado a través de las generaciones. Los varios *selves* del *self* múltiple son los patrones de experiencia y de conducta, en especial de la experiencia y conducta que sobresale emocionalmente, que se unen alrededor de las diferencias en nuestras interacciones conscientes e inconscientes con las distintas personas. Tales coalescencias se forman en torno de los patrones de impacto directo de los otros sobre nosotros y nuestras reacciones a ellos; pero en la génesis de nuestros estados de ser, el proceso de identificación es igualmente significativo. (Sin embargo, la identificación y el "impacto directo" de los demás no son necesariamente fáciles de separar. Hago referencia a ellos por separado para así enfatizar que los estados del *self* tienen su fuente tanto en lo intrapsíquico como en lo interpersonal. Pero las líneas divisorias son tenues dado que no tenemos motivo para identificarnos con una persona con la que no nos hayamos involucrado profundamente en el mundo interpersonal.)

Los términos de Racker (1968) son muy ventajosos aquí: podríamos decir que, algunas veces, nuestros estados del *self* se forman en torno a nuestras identificaciones con el modo en que se experimentan a sí mismos aquellos con quienes interactuamos, que Racker denomina identificaciones concordantes, o identificaciones con el yo del otro; y otras veces nuestras identificaciones se originan a partir de la manera en que otras

personas han experimentado a aquellos con quienes interactuamos, que en términos de Racker se trata de la identificación complementaria, o identificación con los objetos internos del otro.

De cualquier modo, el resultado final es que muy tempranamente en la vida comenzamos a ser diferentes con distintas personas, y a menudo, bastante diferentes con la misma persona en circunstancias diferentes; cada cambio significativo en nuestros mundos convoca patrones particulares de sentimiento, pensamiento, conducta y ser. Estamos familiarizados con el proceso por el cual se internalizan, a lo largo del tiempo, estos patrones de ser, de modo tal que incluso aquellos estados del *self* que se originaron en la experiencia interpersonal directa se vuelven intrapsíquicos, y de allí en más son elaborados y reconstruidos de acuerdo con las reglas del mundo interno y del mundo externo.

La existencia de estados del *self* múltiples, hasta el límite en que pueden superponerse más o menos libremente (que es el punto en que podemos tolerar permanecer conscientes de un estado del *self* mientras que existimos en el mismo momento dentro de otro y que Bromberg (1998) denomina “permanecer en los espacios”) es la definición de una disociación “normal” o “esperable”, una especie de separación relativamente permeable entre las partes del *self* que tiene lugar simplemente como consecuencia de la capacidad humana de vincularse. En estas circunstancias, los límites entre los estados del *self* presentan poco o ningún obstáculo a la mente y pueden ser cruzados imperceptiblemente sin que ello requiera más esfuerzo que el necesitado para cruzar la demarcación de un municipio a otro.

Pero con bastante frecuencia el pasaje a través de los límites se ve obstruido, y nuestras teorías lo reflejan. Los aspectos dinámicos y defensivos también forman parte de la vida cotidiana y, en la concepción del *self* múltiple, la defensa es la otra acepción de disociación. En este segundo sentido, la disociación es el esfuerzo inconsciente de separación o desconexión de los tipos de experiencia asociados con diferentes *selves*, una separación motivada por un displacer inconsciente, o incluso por una sensación de fatalidad o terror de que ciertos tipos de experiencia sean simultáneamente conocidos, percibidos o sentidos. Cuanto más separada deba permanecer la experiencia de dos estados del *self*, decimos que está más disociada, usando el segundo sentido del término, el defensivo.

Definimos a la disociación motivada defensivamente como el esfuerzo inconsciente de desconexión entre la experiencia y su/s contexto/s más adecuado/s, una desconexión que impide algunas de las compren-

siones y nuevos sentidos que, de otro modo, serían posibles. En estas condiciones, los límites entre los estados del *self* que, en circunstancias menos problemáticas, podrían ser atravesados simplemente focalizándonos en la experiencia y haciendo un esfuerzo mínimo (como el de cruzar la frontera entre una ciudad y otra), pierden casi su condición de límites y se convierten como en las fracturas o abismos de un glaciar: el esfuerzo requerido para cruzarlos es considerable, y hasta puede ser peligroso.

En el encuadre clínico, la disociación es otra forma de describir el origen y mantenimiento de la transferencia y la contratransferencia porque ésta depriva a los participantes de la relación analítica, de los contextos emocionales e intelectuales a los que necesitarían acudir para comprender la interacción clínica que transcurre. Los *enactments* de transferencia y contratransferencia son, en otras palabras, instancias de disociación mutua y pueden representar la ruptura del diálogo, fundamental para el círculo hermenéutico. Los *enactments* solamente se resuelven cuando uno u otro de los miembros de la pareja analítica restablece el diálogo al tomar conciencia explícita de que el contexto que está proporcionando, en ese momento particular, es inapropiado para el otro (o para el “otro” dentro de sí mismo). Pero, precisamente en esos casos, es esta conciencia explícita crucial la que, por definición, no está disponible para ninguno de los dos.

Puede parecer que lo que estoy diciendo signifique que la disociación mutua solamente ocurre en los *enactments* más dramáticos –*impasses*, *breakdowns*, o *deadlocks*– pero para nada esto es lo que quiero decir. Muchas instancias de comprensión, a nosotros mismos o a otros, deben superar una disociación mutua; los *enactments* dramáticos son sólo los casos más obvios. Todos los casos de comprensión exitosa comienzan con la ausencia de comprensión. Si no fuese así, no habría nada a ser entendido. La ausencia de comprensión entre dos personas significa con frecuencia que, por lo menos en ese momento, están empleando estados del *self* que no permiten una fusión de sus horizontes. En cualquier instancia particular puede surgir una nueva comprensión sin que medie casi ninguna resistencia por parte de los participantes respecto de lo que el otro quiere decir; pero esta facilidad de comprensión meramente enmascara el hecho de que el proceso en estos momentos fáciles se asemeja mucho (aunque tenga menor intensidad) a aquellos en los que la comprensión es mucho más difícil de lograr. En ambas clases de momentos –en el episodio de comprensión que pasa desapercibido y en el de ruptura de un *impasse* [*deadlock*]– los dos participantes deben encontrar su manera de

comprender y aceptar que el contexto que están proporcionando al otro para la comprensión es inadecuado para el significado que el otro quiere transmitir— o, de alguna manera, para el significado que el otro transmite sin saberlo. En el momento desapercibido el hecho de captar y resignar el viejo contexto y adoptar el nuevo ocurre de manera tan instantánea que es difícil de advertir. En el impasse [*deadlock*] esta captación del contexto puede ser tan difícil que puede no ocurrir.

Agradecemos los momentos en que el analizando es capaz de ver la rigidez en su propia selección del estado del *self* y es capaz de rectificarlo, de forma tal que se rompe el impasse [*deadlock*]. Probablemente esto ocurre con mucha mayor frecuencia de lo que escribimos al respecto. Pero, después de todo, sentimos con razón que nuestra responsabilidad no es contar con esta capacidad del paciente, sino encontrar nuestra propia manera de darnos cuenta, de manera explícita, que el contexto dentro del cual comprendemos al analizando es erróneo. Es frecuente que en estos momentos de observación de nuestra propia experiencia logremos aprender algo importante del analizando. Por ejemplo percibimos los efectos de los estados del *self* del analizando, por la manera en que la interacción clínica provoca un tipo de “irritación” afectiva en nuestra experiencia (Stern, en prensa). Son especialmente los cambios en el estado del *self* del analizando los que se perciben de este modo. Algo nos parece discordante, algo contradice una expectativa afectiva que ni siquiera sabíamos que poseíamos hasta ese momento, sentimos sutilmente que algo está “mal”, o es contradictorio, o meramente incómodo.

Con frecuencia, el trabajo terapéutico es el equivalente psíquico de lo que hacemos cuando inesperadamente vemos interrumpida una simple caminata por el bosque porque nuestro sweater se enganchó en una rama; en ese caso no hay duda de que nos detenemos para investigar el origen de la dificultad. Traigamos ahora este obstáculo de origen ignorado al consultorio y hagamos una metáfora con él. Quizás esa metafórica sensación de traba, de freno, nos haga advertir un sutil cambio en nuestro estado de ánimo o nos haga notar, incluso, la presencia de un sentimiento diferente. Nos preguntamos acerca de ese cambio y encontramos que estamos reaccionando ante algo del analizando que aún no hemos observado explícitamente.

Tales indicios, que resultan en el reconocimiento de nuestro propio estado del *self* no formulado previamente, son con frecuencia las primeras cosas que nos alertan de un cambio en el estado del *self* del analizando. En otras palabras, es probable que un cambio en el estado del *self* del

analizando provoque un cambio en nuestro propio estado del *self*. Por supuesto que la inversa también es válida. Ni los cambios de estado del analista ni los del analizando son útiles para la tarea de comprensión explícita a menos que el cambio que se ha provocado sea percibido y aceptado por quien desea comprender.

Reconocemos el estado del *self* del analizando desde dentro de una parte de nuestro propio ser que es respondiente [*responsive*] al ser del analizando y, a su vez, nuestra adopción de un estado de ser respondiente [*responsive*] tiene lugar porque hemos encontrado un modo de aceptar el impacto de lo que el analizando está diciendo y haciendo. No podemos observar directamente el estado del *self* del otro, sino sólo a través de sus efectos sobre nosotros; los estados del *self* del otro sólo son visibles como consecuencia de su impacto. De modo similar, comprendemos nuestros propios estados del *self* y sus cambios, desde lo que percibimos acerca de los cambios en curso en nuestra experiencia consciente.

La conciencia directa del analista de sus estados del *self* es, por cierto, la excepción y no la regla. Esto es crucial, pero sólo para la tarea de comprensión explícita. Los cambios de estado del *self* no advertidos entre analista y analizando oscilan de modo incesante y constituyen, a lo largo del tiempo, la relación espontánea no analizada, trasfondo [*background*] sobre el cual la tarea analítica adquiere su propósito pleno y sin el cual no podría avanzar.

Lograr una comprensión

Consideremos el siguiente incidente: Daniel, un profesional de mediana edad, muy inteligente y con facilidad de expresión, transitaba por las primeras etapas de su análisis. Ya habíamos establecido una relación cálida y de colaboración y ambos teníamos clara conciencia, ya en esta temprana etapa del tratamiento, de que mis reacciones hacia él acreaban una importancia particular. Si Daniel sentía que yo había sido cálido y positivo durante la sesión, el tiempo que transcurría entre esa sesión y la siguiente era bueno para él, pero si se iba de la sesión con un sentimiento acuciante de que había sido crítico con él, frío, o que le había manifestado desaprobación, podía deprimirse bastante (“desinflarse” sería la palabra que mejor lo describe), por lo general en relación a cuestiones que en apariencia no tenían nada que ver con el análisis. En ninguno de estos dos casos (cuando se sentía bien o cuando se sentía desinflado) tenía conciencia entre las sesiones de que estos sentimientos tuvieran que

ver con nuestra relación. Sin embargo, estaba muy abierto a entenderlos en este sentido cuando regresaba a la sesión siguiente, y sentía que estábamos cerca de algo significativo. Los dos teníamos la misma sensación.

El día en cuestión Daniel oyó que me movía detrás de él (se encontraba en el diván). Se dio vuelta para enfrentarme y preguntó con brusquedad: “¿Qué está haciendo?” Tiene muy buena visión periférica (esto ya había sido establecido) y debido a que mi sillón no se ubica directamente detrás del diván, no podía ver que yo estaba inclinado hacia delante, leyendo algo en mi agenda. Le pregunté qué se imaginaba que estaba haciendo. En el mismo tono de reproche dijo que yo, seguramente, pensaba en la cita de algún otro paciente.

En realidad, yo había estado pensando en él. Por cierto que era significativo que él eligiera esta particular interpretación de mi conducta y con la mayoría de mis pacientes, habría hecho la movida convencional, sugiriéndole que explorásemos las fuentes de esa interpretación. Pero con Daniel tenía otra sensación. Por lo que había ocurrido en el tratamiento hasta ese momento sabía perfectamente que era capaz de llevar a cabo una exploración analítica convencional, algo que incluso le permitía avanzar. Pero también tenía la impresión de que este episodio particular, que suponía la creencia de que emocionalmente yo estaba desaparecido del consultorio, le resultaba doloroso y explorarlo exacerbaría esa sensación.

Ciertamente habría sido útil abrir la reacción de Daniel al sentimiento de que lo había abandonado, pero ambos habíamos hecho esto con anterioridad: los dos sabíamos que él se preocupaba de que yo mantuviera mi interés en él. Y albergaba dudas de que valiera la pena realizar una exploración que le causaría dolor, más allá de lo que pudiéramos aprender de ello. Esas dudas eran particularmente intensas dado que yo realmente había estado pensando en él y, en ese sentido, no había desaparecido en absoluto. Imaginé que podríamos llegar más lejos si explorábamos su sensibilidad respecto a mi posible desaparecer en el momento en que él sabía que yo no lo había dejado. Esto es lo que me llevó a sentir que una indagación convencional en ese momento sólo significaba seguir las reglas por motivos equivocados. No hubiera sido elegir mi camino sobre la base de la experiencia que provenía de este particular compromiso analítico.

Entonces le señalé a Daniel que, justo antes de mirar mi agenda, me había estado contando los planes que tenía para salir con una mujer que le entusiasmaba mucho. Le recordé que habíamos cambiado la hora de una de sus sesiones para una tarde próxima y que había pensado que su

sesión y la cita con la mujer podrían coincidir en el día (en realidad eran en dos días seguidos). Yo había verificado la fecha y no imaginaba que Daniel me oiría, ni mucho menos, que vería lo que estaba haciendo.

Imagino que mi curiosidad respecto de la fecha de la sesión podría ser considerada tan objetable para algunos pacientes como pensar en otro analizando ya que, después de todo, en ambos casos no habría estado atendiendo, exclusivamente, a las palabras del paciente. No tengo dudas de que mi preocupación por el horario podría ser interpretada por algunos pacientes en el sentido de servir a mis propios intereses, mientras que otros podrían tener la certeza de que mi deseo era disponer de una hora para mí, alejado de ellos, o (en una cantidad menor de casos) tendría que sentirme contrariado por su ausencia. En mi fuero interno, una vez que Daniel atrajo mi atención en la dirección de mis propios pensamientos, me pregunté si no habría estado verificando la posibilidad de ser reemplazado por su amiga.

¿Fue esta una instancia de comunicación inconsciente? ¿Estaría yo experimentando mi propia versión de lo que sentía Daniel, es decir, que él era reemplazado por otro paciente y yo era reemplazado por su amiga? Sin embargo, para él, como podría esperarse de lo que ya he dicho, mi explicación fue completamente buena. Después de todo, yo pensaba en él. En el resto del tiempo entrelazó sus asociaciones con este hecho. No estuvo interesado en explorar su sensibilidad frente al sentimiento de que yo estaba emocionalmente ausente, sino su sensación de bienestar al ver que me interesaba tanto por su presencia como para preguntarme si su cita amorosa coincidiría con una sesión. Sin embargo le preocupaba cómo podría sentirme yo por haber sido objeto de su brusquedad, lo que le había manifestado indicaba que yo no me lo “merecía”.

Cuando volví a ver a Daniel, después del fin de semana, supe que durante esos dos días intermedios le había resultado difícil mantener la esperanza de que sus planes de carrera fueran exitosos. Había estado ligeramente deprimido. Comenzó a hablar de las circunstancias que lo podrían haber conducido a esta sensación. Luego de unos pocos minutos le pregunté cómo se había sentido respecto de la sesión anterior y si su talante de fin de semana podría ser un ejemplo del “desinflarse” con el que nos habíamos familiarizado. Hice referencia a las acciones de ambos en torno al “¿Qué está haciendo?” Reconoció inmediatamente que allí había algo y avanzó en esta dirección. Unos pocos minutos se refirió a su “hablar áspero” y yo fui eventualmente llevado a captar algo implícito, no formulado en su mente, y que sin embargo estaba disponible para mí

en lo que decía. Captaba que había habido una especie de destello travieso en su manera de formular el “reproche”, que yo lo había pasado por alto. Al decir “¿Qué está haciendo?”, había empleado el tono de un padre molesto pero levemente divertido al pescar a su hijo de cuatro años robando del frasco de las galletitas.

No nos equivoquemos: realmente había querido hablarme con brusquedad, pero en forma tal que implicaba cierta intimidad, con una especie de guiño que acompañaba lo dicho, y todo eso yo lo había pasado completamente por alto. Daniel no pudo poner en palabras que yo había malinterpretado esta sutileza y que él había sufrido, es más, nunca tuvo las palabras para referirse al malentendido hasta que, de algún modo, apareció en lo que yo pude deducir de lo que él dijo en este segundo día. Entre una sesión y otra había sentido que yo seguramente odiaba a la gente como él, que causaba tantos problemas.

De hecho tuve la sensación de que, si bien en su reproche no había formulado afecto de manera explícita, su “desinflé” le habría sido menos doloroso y que quizás ni siquiera hubiera tenido lugar, si yo hubiese sido receptivo a la intimidad que me ofrecía y no solamente a la hostilidad. Ahora me parecía todavía más claro que el motivo de su preocupación no era mi reacción ante su brusquedad sino el temor de que yo pudiera desconectarme emocionalmente de él. Le preocupaba menos el daño que pudiera hacerle si tomaba represalias que el hecho de que me alejara de él. Si yo hubiese comprendido mejor la calidez en su reclamo, tal vez habría aceptado la hostilidad de forma tal de reasegurararlo respecto de nuestra conexión.

Los *enactments*, que siempre son una variedad de malentendido, no son necesariamente *impasses* [*deadlocks*]. Muchos de ellos son situaciones (y esta es un ejemplo) en las que, aunque el analista participa inconscientemente –equivocar la tarde en que Daniel debía venir a sesión con la de la cita, no percibir la ironía en su queja respecto de lo que estaba haciendo–, los aspectos problemáticos de esta participación inconsciente pueden llegar a la atención del analista a través de hechos relativamente menores. (La calificación de “problemáticos” es necesaria porque mucho de lo que facilita el análisis es igualmente inconsciente, pero nunca se lo formula). En los términos que estoy empleando, este es un ejemplo en el que fueron obstaculizados los límites entre mis estados relevantes del *self*, pero la situación se pudo aclarar con facilidad y lo suficiente de forma que el tratamiento no se vio seriamente entorpecido ni desviado.

Tomemos un detalle: en uno de mis estados del *self* o mente –me

permiso decir, un estado que pudo haberse originado en mi respuesta a la crítica velada típica de mi madre— respondo a la crítica de modo punzante y defensivo y no me da por reírme, como fácilmente haría en otra situación. Si yo había escuchado el tono brusco de Daniel en ese tenor y si al mismo tiempo no había logrado contar con algo que lo contrarrestara (otro estado del *self* en el cual la crítica tuviera menos peso), no resulta sorprendente que pasara por alto la ironía en su queja, una ironía que, después de todo, era tan sutil que ni siquiera el mismo Daniel la había formulado explícitamente antes de que yo le preguntara por ésta en la sesión siguiente.

Y sin embargo, en esa sesión posterior, luego de la pausa de unos días en los que seguí con mi vida, yo estaba diferente. De alguna manera podía ahora captar esa sutil ironía a pesar de que ya era sólo un eco. En los *enactments* elaborables, las disociaciones relevantes no son fijas y por lo general bastan unos días en los que la vida sigue transcurriendo para desestabilizarlas. Y esa desestabilización, al liberar la mente del analista permite, a su vez, el reencuadre de la situación y sugiere una línea de investigación o interpretación. O meramente le permite al analista un estado diferente de estar-con-el-otro.

La viñeta de Daniel ilustra nuestra experiencia cotidiana ya que los contornos de nuestros propios estados del *self* pocas veces son visibles de modo explícito, excepto por contraste con los que aparecen inmediatamente después. Los cambios en nuestros estados mentales ponen de manifiesto la presencia de contextos previos que por lo general nos vimos obligados a atravesar involuntariamente. En este caso no pude ver ni mi apreciación (aparentemente) defensiva de la hostilidad de Daniel, ni el estado mental desde el cual la había construido, hasta que registré mi nueva visión de él, al día siguiente. No conocía, y probablemente no pude conocer, al “yo” que reaccionó defensivamente hasta que pude pasar a ser el “yo” que construyó una imagen más completa.

Para completar esta imagen podría agregar aquí que a pesar de mi convicción de haber elegido el mejor camino al decirle a Daniel que pensaba en él y no en otro paciente, en el futuro podría pensar de modo diferente. Puedo imaginar a mi decisión como una forma involuntaria de instalarme en un *impasse* [*deadlock*], un tipo de interacción analítica mucho más problemática (y potencialmente aún más informativa) que la que tuvo lugar entre Daniel y yo, que pudo perder su fijeza fácilmente. Quizás mi contratransferencia paterna hacia Daniel algún día le resulte sofocante, o aun condescendiente. Quizás ya éste sea el sentir de algunos de

sus aspectos, que ni él ni yo podemos apreciar aún.

O quizás (como me veo inclinado a pensar) si cambian sus sentimientos respecto de mi contratransferencia, también cambiarán los míos –o tal vez, en resonancia con él, mis sentimientos ya habrían cambiado para la época en que él refute los antiguos sentimientos–. Después de todo, los aspectos más cambiantes de la relación analítica ocurren en una reciprocidad imperceptible, se desarrollan sin palabras, en ocasiones se vuelven visibles retrospectivamente, pero, más probablemente, nunca se los perciba. A esta altura considero que los aspectos amorosos de mi relación con Daniel son buenos y útiles y así se mantendrán, pero yo permanezco abierto a la posibilidad de que también resulten ser más complicados. En cualquier caso, e independientemente del grado en que podamos ocuparnos de ellos, serán analizados en el transcurso del tiempo.

Saliendo del atolladero del campo

Si bien la viñeta de Daniel ilustra un círculo hermenéutico que pudo ser completado sin demasiadas dificultades, la viñeta que presentaré ahora es un ejemplo de círculo vicioso, un *impasse* [*deadlock*], un sistema cerrado de disociaciones reacias y estables de analista y analizando que impide la comprensión durante extensos períodos, o incluso indefinidamente⁴.

La diferencia crucial entre estas dos clases de *enactments* está en el tipo de disociación subyacente en la mente de ambos, paciente y analista. Por mi lado, el *enactment* con Daniel provino de una “disociación débil” o “rigidez narrativa” (Stern, 1997), definida como un implicarse bastante

⁴ La literatura acerca del tema *enactment* se ha vuelto tan vasta que citarla toda no es posible. Sin embargo, también existe un cuerpo reciente, más pequeño de escritos que ofrece concepciones acerca del *impasse* o *deadlock*. Una muestra representativa: Russell (s.f.) trabaja sobre el “crunch,” un aspecto de la compulsión de repetición; Elkind (1992), sobre la interacción problemática que tiene lugar cuando la transferencia del paciente afecta directamente al analista en su “vulnerabilidad primaria”; Ogden (1994), sobre el “el tercero intersubjetivo” que se convierte en “el tercero subyugante”; S. Pizer (1998) sobre lo “no-negociable”; Ringstrom (1998) sobre una variación del concepto de “doble vínculo” de Bateson; Benjamin (1990, 2000) sobre las “rupturas” de la intersubjetividad, en especial causadas por complementariedades particularmente recalcitrantes, del estilo “víctima-victimario”; B. Pizer (2003) sobre el “nudo relacional”, una variedad del “crunch” de Russell; S. Pizer (accepted) sobre el *impasse* como “disociación débil”.

Pensé que el término *deadlock*, había surgido de modo espontáneo en mi mente durante la escritura de este trabajo hasta que leí la entrevista que mantuvo Irwin Hirsch (2000) con Benjamin Wolstein, y recordé que Wolstein hace años viene utilizando la frase “*transference-countertransference interlock*” (entrelazamiento de transferencia-contratransferencia) para hacer referencia al *enactment*. Quizás el término que yo empleo (*deadlock*) sea una apropiación inconsciente del que emplea este autor.

exclusivo en un guión particular que no advierte ni articula posibilidades alternativas. La disociación débil no excluye específicamente ciertas posibilidades, sino que esas posibilidades ocurren pero resultan ser alternativas inadvertidas para la historia en la que estamos tan concentrados en experimentar. A causa de mis propios antecedentes fui tan “tomado” por el argumento de que el estallido de Daniel era una expresión de censura que pasé por alto la otra mitad. (S. Pizer (en prensa) también ofrece una ilustración conmovedora y detallada del uso del concepto de disociación débil para comprender un *enactment*.) La “disociación fuerte”, por el contrario, es específicamente defensiva: *no se debe* experimentar aquello contra lo cual el sujeto se defiende (Stern, 1997). La disociación fuerte se despliega al servicio de evitar una experiencia específica, accesible de modo conciente a la que simplemente se le impide coexistir con el resto de la personalidad. Los *enactment* tratables son aquellos en los que las disociaciones recíprocas son débiles. Por el contrario, en los *impasses* [*deadlocks*], las disociaciones traban la experiencia que analista y analizando pueden tener uno del otro y es más probable que sean del tipo fuerte o defensivo.

Estuve trabajando con Hannah –una profesional de edad mediana, muy brillante y clara–, alrededor de seis meses cuando comenzó a hacerse muy frecuente su queja, antes ocasional, de que yo la comprendía incorrectamente o narcisísticamente. Cuando le pedí que me explicase lo que yo estaba dejando de lado, su respuesta me convenció que no estaba pasando nada por alto y que, en realidad, los dos estábamos diciendo exactamente las mismas cosas. No alcanzaba a captar cómo podía pensar que la estaba *mal*interpretando. Cuando le señalaba esto y expresaba desconcierto respecto de alguna diferencia entre lo que ella y yo habíamos dicho, Hannah sólo sentía que yo la entendía cada vez menos.

Intenté una y otra vez responder del modo justo y, sin embargo, ella seguía diciendo que yo la lastimaba cada vez más con mis errores. Estaba enojada conmigo por lo que sentía como mi rechazo a ver las cosas desde su punto de vista, pero a lo que yo respondía más directamente era a su dolor. A pesar de tener conciencia clara de que ella y yo seguramente estuviéramos participando en alguna clase de *enactment*, comencé a sentirme culpable por no poder captar lo que me decía, culpable por estar lastimándola e irritado por considerar que era en virtud de su influencia que yo tomaba estos senderos emocionales.

Yo sabía que tenía que haber otra forma de considerar esta situación, y continué preguntándole acerca de nuestras diferencias con gran

detalle. Esperaba poder arreglármelas para adoptar una actitud más empática, pero casi nunca lo lograba. Llegué a sentir que sus quejas importaban más como una suerte de operación creadora de culpabilidad que como intentos de transmitir contenidos significativos. Cada vez más encontré que mi actitud hacia Hannah era irritable. Si hubiera logrado adquirir una perspectiva de apertura mental, que fui incapaz de hacerlo, no habría puesto inconvenientes en hacer de este problema entre nosotros (actitud irritable) el centro de una indagación conjunta.

Sentía que si intentaba este tipo de análisis desde mi estado mental en curso, todo lo que lograría sería culparla. Sin embargo, no tenía que culparla de modo abierto y explícito para continuar lastimándola porque podía ver claramente que mi irritación se dejaba traslucir y Hannah, de todos modos, se sentía cada vez más culpabilizada y por lo tanto más lastimada y enojada que nunca. Me sentía bastante solo, sin un colaborador. Sabía que debía haber algún modo de entender lo que estaba ocurriendo entre nosotros, algo que nos pudiera liberar sin que hiciera falta que alguno se diera por vencido, pero parecía no poder formular esta idea. Me daba cuenta que a ella le pasaba lo mismo que a mí, y transmití mi comprensión de este impasse [*deadlock*] de modo empático, lo cual fue de ayuda, por supuesto; al menos Hannah sabía que yo comprendía que estaba dolida, y creo que creía, por lo menos por momentos, que eso a mí me importaba. Ella sabía que yo imaginaba una comprensión que nos ayudara, pero que no podía construirla. Sin embargo, por más útil que hubiese podido ser esta apreciación empática no fue de gran ayuda porque no alteró nuestras posiciones básicas del uno respecto del otro.

La situación no era buena. Me daba cuenta que incrementaba el dolor. Me sentía cada vez más culpable por mis sentimientos y por mi aparente incapacidad de sofocar su expresión (sabía con mucha fuerza que esto no era una buena solución, pero en ese momento no contaba con ninguna otra). Y, por supuesto, que también me sentía culpable por lo que consideraba mi fracaso para ser útil. Sabía por demás que no tenía que culpabilizarme, pero no existen antídotos contra ciertos impactos emocionales, por más experiencia que uno tenga. Me sentía encerrado.

Este período muy doloroso fue más complicado de lo que puede capturarse en cualquier relato, y como en todo tratamiento, durante este tiempo, también hemos podido trabajar bien –lo cual no debería causar demasiada sorpresa–. La relación nunca dejó de ser analítica: seguimos haciendo del impasse [*deadlock*] el foco de nuestra curiosidad y nuestra preocupación analítica. Y así, durante este período, el que Hannah conti-

nuara produciendo sueños parecía en armonía con el trabajo que estábamos realizando. Ella es una mujer imaginativa que trabaja bien con los sueños. Un día trajo uno que resultó tener especial importancia para ambos.

En el sueño, Hannah se encontraba en mi sala de espera, excepto que, a diferencia de la sala de espera de mi consultorio real, ésta se encontraba en un departamento que ella sabía que también era mi casa. Estaba sola en la sala de espera pero podía oír gente en la cocina contigua. De algún modo sabía que eran miembros de mi familia que estaban riéndose y disfrutando de estar juntos. En la mesa frente a ella había un alfiler de gancho abierto, del tipo que solía usarse para sujetar pañales de bebé. En el sueño Hannah tenía la impresión de que yo tenía un bebé y que este alfiler de gancho se usaba para sus pañales. En el sueño recordaba que durante su propia infancia, caótica y desorganizada (su madre sufría de fuerte depresión, y Hannah había sido una niña sola, asustada y muy descuidada) los alfileres de gancho abiertos, en ocasiones eran dejados por ahí. Durante aquellos años Hannah había escuchado horribles historias acerca de bebés y niños pequeños que se tragaban los alfileres de gancho que habían sido dejados abiertos. El alfiler de gancho abierto sobre la mesa evocaba en ella mi actitud descuidada hacia mi bebé y, peor aún, mi hostilidad asesina. Y sin embargo, le quedaba absolutamente claro en el sueño que no tenía intención de cerrar el alfiler de gancho, más bien se proponía dejarlo exactamente donde estaba, bien abierto. Se despertó con la idea de que ambos estábamos llenos de hostilidad. Y fue eso lo que me dijo en la sesión.

Esto fue una revelación para mí. Yo tenía focalizada su hostilidad como un problema a ser tratado, y mi propia hostilidad primariamente como reactiva a la suya –ese bien pudo haber sido el problema al comienzo–, pero si esto aún era verdadero, nosotros estábamos muy lejos de eso ahora. Yo no había visto claramente que cada uno de nosotros era, separadamente, hostil, ni que era adecuado decir que estábamos jugando en un mismo nivel y que cada uno de nosotros era individualmente responsable. Seguro que era conciente de mi hostilidad, pero mi sentimiento de culpa alrededor de ésta, más la frustración, me habían impedido pensar claramente el papel que esta hostilidad jugaba en mi propia subjetividad. No había sido capaz de pensarla de modo efectivo y sólo había sido capaz de padecerla y de querer suprimirla, una y otra vez, a pesar de mi mejor conocimiento. Ahora podía preguntarme, ¿exactamente por qué estaba enojado?

De pronto tuve una hipótesis. De pronto podía volver a utilizar mi

mente. Finalmente fui capaz de preguntarme exactamente quién tendría que ser Hannah y cómo tendría que sentirse para tratarme como lo hacía. Pronto Hannah y yo planteamos una serie de ideas respecto de la naturaleza de nuestras interacciones problemáticas. Pudimos tomar distancia de ellas y pensarlas de modo eficaz por primera vez en meses. Mis proyecciones (empleo el término en su sentido hermenéutico), que no había logrado impedir que se convirtieran en certezas respecto de su trato intolerable, volvieron a adquirir nuevamente el nivel manejable de hipótesis.

Hannah y yo hemos vuelto a comprometernos en esta clase de intercambio. La comprensión no es un elemento mágico que apunte al futuro. En realidad, desde que comencé a escribir este trabajo, Hannah y yo enfrentamos un nuevo *impasse* [*deadlock*] de este tipo, pero dada la primera experiencia y nuestra capacidad de hacer referencia personal y mutua a ésta, esta vez tenía confianza en que encontraríamos la forma de aflojar el nudo, y lo logramos. Nos llevó mucho menos tiempo y esfuerzo que antes reducir el círculo vicioso a uno hermenéutico. Quizás tengamos que hacer esto algunas veces, o aun muchas veces, hasta que esto se elabore. Una de las enseñanzas simples y recurrentes del trabajo psicoanalítico es que los principios nunca sustituyen a la experiencia. Cada episodio en la transferencia-contratransferencia debe ser tratado en sus propios términos, sea o no resuelto.

Por supuesto que hay una cantidad de cuestiones que podrían plantearse respecto del sueño de Hannah, y juntos exploramos muchas de ellas. Para el propósito presente, lo importante para mí es que su interpretación del sueño rompió el atolladero del campo interpersonal en que estábamos atrapados y me permitió habitar de manera simultánea los diferentes estados de *self* que necesitaba ocupar para, nuevamente, estar libre para pensar.

Uno podría decir que lo que marcó la diferencia no fue tanto la interpretación en sí misma, sino su repentina voluntad de colaboración. Puede que esa hipótesis sea correcta. Sin embargo, sea que nos centremos en su actitud de colaboración o en el *insight* que me ofreció, doy por sentado que el episodio no podría haber tenido lugar sin la ocurrencia previa de otros procesos, quizás silenciosos, que deben haber ocurrido entre nosotros durante un período significativo de tiempo. Estoy seguro de que mis tenaces intentos por comprender lo que estaba pasando, por más que fuesen ineficaces, causaron una impresión considerable en la buena disposición de Hannah para trabajar conmigo. Aun en los peores momentos retuve ciertos aspectos importantes de mi capacidad para ser analista, al

igual que Hannah retuvo los suyos en tanto analizanda. Continuamos trabajado con éxito, por más que con mucha frecuencia las sesiones estuvieran colmadas de los afectos del impasse [*deadlock*].

Lo que ocurrió en respuesta a la interpretación de Hannah sobre su propio sueño no fue tan simple, como que yo lograra reasumir mi capacidad analítica, o que Hannah volviera a ser una analizanda colaboradora. La oferta de colaboración de Hannah, tan sorprendente como fue para mí, creció en un contexto tanto consciente como inconsciente. A pesar de que no pude percibir estos contextos no caben dudas de que fui tan central como ella para que éstos se desarrollen. Esta es la índole de muchas de las sorpresas que tienen lugar en psicoanálisis, de hecho: sorpresa es el sentimiento que tenemos cuando ocurre algo en la relación que pareciera salir “de la nada”, desprovisto de contexto.

Hannah y yo no retomamos simplemente nuestra capacidad analítica. Lo que retomamos es nuestra habilidad de pensar acerca de este problema en particular. Es en parte esa especificidad lo que me inspira la idea del *self* múltiple, con disociaciones entre varios de sus aspectos, como forma particularmente adecuada para pensar acerca de lo que ocurrió. Con todo paciente nosotros adoptamos muchos estados mentales en el curso del trabajo. En mi ejemplo, sin embargo, solo uno de esos estados mentales fue problemático, uno que era clave, por supuesto, y aparentemente aislado, justo uno, nada más. Es igualmente importante que nuestra eventual capacidad para habérselas con ese único estado mental estaba enlazado en todos los otros, en modos que ambos –ella y yo– creábamos, pero que, probablemente, nunca conocíamos.

¿Dónde estaba mi “irritación” afectiva en este ejemplo? No es difícil de entresacar. Sabía que Hannah debía estar diciendo algo que yo no entendía, porque ella se sentía herida y yo era incapaz de ofrecer una respuesta analítica eficaz. En un impasse [*deadlock*], con frecuencia, sólo la capacidad del analista de “darse cuenta” de lo inadecuado de su respuesta previene que la situación degenera en controversia y mantiene viva la esperanza de que el analista (y el analizando también) hallará terreno firme sobre el cual pararse, pensar e interpretar.

En un impasse [*deadlock*] puede que el analista sólo sea capaz de intentar estar abierto a las influencias externas al estado mental dentro del cual está atascado. Después de todo, un impasse [*deadlock*] significa que la libertad de los participantes está restringida, esto sugiere que ninguno puede elegir rescatar el tratamiento a la fuerza. En el caso que acabo de describir fue la generosidad de la analizanda, su coraje (Hannah

corrió el riesgo de que yo no aceptara su observación) y su poderosa motivación de promover el tratamiento (tan poderosa que produjo un sueño), los que hicieron que el cambio fuese posible. Los dos queríamos mucho algo como lo que Hannah hizo. A pesar de lo enojada y dolida que estaba, creo que se daba cuenta de que, a mi manera, yo lamentaba el impasse [*deadlock*] tanto como ella, y creo que se debe haber imaginado bastante bien que recibiría con agrado su oferta de colaboración. Entonces, no puedo decir que no tuve libertad, mejor sería decir que la escasa libertad que tenía tomó la forma de pesar y de sincero deseo de movimiento terapéutico. Puede que no haya logrado cambiar de estado mental, pero ciertamente deseaba hacerlo, si bien, probablemente, también me opusiera a este cambio, aunque sin darme cuenta. Sin la creencia de la analizanda en mi deseo de trabajar y ayudar, sospecho que hubiera sido demasiado peligroso para ella ubicarse en una posición de vulnerabilidad como la que señalaba el sueño y la interpretación que de éste pudo hacer.

Entonces, en algunos casos el analista debe esperar, reconociendo que se encuentra atrapado en una disociación que no puede manejar. No tiene otra alternativa que aceptar que no puede disponer un cambio. Sólo puede permanecer abierto al elemento extraño que podría revelar un camino hacia la libertad. En ocasiones el elemento extraño es una intervención que hace el analizando, como fue en este caso; otras es una consulta buscada por el analista; a veces es una película, una conversación con un colega, una obra de teatro, una novela, o un artículo psicoanalítico. Algunas veces el analista, retrospectivamente, puede identificar en la interacción clínica una variedad de esa irritación afectiva, esa señal no provocada de lo inesperado, que lo alertó respecto de algo en el paciente, o en sí mismo, que no había notado antes.

Quizás con más frecuencia aún, el elemento extraño sea imposible de identificar. En estos casos, menos fácilmente describibles, en determinado momento la interacción entre analista y analizando parece imbuirse de alguna nueva cualidad que ninguno de los participantes se propuso crear de modo consciente. Entonces, en respuesta a estos nuevos sentidos, el mundo interno (que puede realmente haber contribuido, en primer lugar a los nuevos matices de sentido) también cambia, haciendo posible que por lo menos uno de los participantes tenga una nueva experiencia, sentida en profundidad, de la forma en que siente el otro. En el ínterin, mientras el analista y el analizando intentan proteger lo que pueden de su colaboración y curiosidad al atravesar la tormenta, el analista, que quiere salir del impasse [*deadlock*], no puede hacer más que registrar

todas las posibles formas alternativas de experimentar, y centrarse en los detalles de su experiencia de la interacción.

A los fines de tomar perspectiva, dejo el caso de Hannah y regreso al de Daniel. Ambos sentíamos que yo lo entendía bastante bien la mayor parte del tiempo. Pero recordemos lo que pasé por alto: resultó ser, recordarán ustedes, que la forma brusca en que me había hablado Daniel tenía un tono íntimo, humorístico que no registré para nada cuando ocurrió. Daniel me había hablado de este modo con bastante frecuencia durante los meses previos de tratamiento, con lo cual podría haber estado ya familiarizado con este cierto rasgo irónico que posee. Mi inadvertencia fue claramente una especie de ceguera temporal, una disociación notable pero relativamente poco problemática de los estados del *self* dentro de los cuales pude haber percibido y puesto en palabras el matiz emocional que no registré. Lo que me interesa aquí no es tanto mi propia motivación. El caso de Daniel es un recordatorio de que las disociaciones y los *enactments* que éstas inspiran, pocas veces son tan ruidosas, dramáticas y dolorosas como fue el impasse [*deadlock*] con Hannah. Las disociaciones y *enactments* más sutiles, así como nuestra respuesta clínica a éstos, forman parte del trabajo cotidiano más o menos habitual de todo analista.

Una nota sobre la imaginación

En este trabajo he descrito la disociación como una negativa inconsciente a experimentar simultáneamente ciertos estados del ser. En otro lugar he puesto mayor énfasis en la disociación como la imposibilidad o negativa inconsciente a poner en palabras ciertos aspectos de la propia experiencia (Stern, 1997). Estos dos sentidos en verdad constituyen diferentes formas de plantear lo mismo: negarse inconscientemente a entrar en un cierto estado del ser es (entre otras cosas) negarse inconscientemente a crear los particulares sentidos explícitos que estarían disponibles desde el interior de ese estado.

La disociación es una restricción de la libertad de pensamiento. En ocasiones es absoluta, como en los casos de abuso infantil temprano en que falta todo vestigio de recuerdo; pero la imposibilidad de poner algo en palabras con frecuencia no es total. Por ejemplo, puedo ser capaz de recordar, o de formular ahora mismo que papá está enojado conmigo; pero dependiendo de la historia de la relación y del residuo que haya quedado en mi mente de esa historia, podré o no tener acceso a la inter-

pretación adicional de que papá está enojado conmigo porque me ama y no quiere que salga solo a la calle. Si no formulo esta última experiencia, me quedo con la sensación de que es injusto. O quizás, en una situación diferente y más abusiva, el campo que construyo con mi padre enojado solamente me permite la interpretación de que su enojo se debe a mi maldad, y de ese modo no puedo poner en palabras la percepción de que él es sádico. O puedo ponerlo en palabras en algunos estados del *self* pero no en otros. O, como Hannah, puede que sea capaz de ver que mi analista está irritable, pero no puedo formular una interpretación de mi propia conducta como provocativa, con lo cual solamente me siento victimizado. La disociación hace difícil reflexionar acerca de ciertos aspectos de la experiencia; estas cosas sólo suceden.

No es sólo la libertad de pensamiento lo que la disociación impide. De manera igualmente significativa impide la libertad de sentir. Sigamos con el ejemplo del recuerdo: en ocasiones tenemos un recuerdo vago de hechos traumáticos, o incluso un recuerdo bastante explícito, pero que es chato, está muerto, es meramente fáctico, y carece del matiz afectivo que podríamos esperar que lo acompañe. O quizás se presente una tormenta afectiva, pero está ausente la sutileza emocional que haría falta para otorgarle a la experiencia un sentido más acabado.

Sin embargo, en el sentido más amplio la disociación no queda totalmente descrita como un fracaso en el pensamiento, el recuerdo o el sentimiento. La disociación es un fracaso porque no permite que nuestra propia imaginación juegue libremente. En muchas instancias uno puede pensar el fracaso de la imaginación como el colapso del espacio transicional (Winnicott, 1971) en la muerte o la literalidad de la palabra. Merleau-Ponty (1964, 1973), quien capturó como ninguno el sentido de lo que quiero decir cuando me refiero a la imaginación, escribe que "La palabra [...] toma impulso, viene envuelta en la ola de la muda comunicación" (1964, p.25)*. Nos dice que la palabra [*speech*] creativa, que es el dominio de la imaginación, "Arranca o desgaja significados en el todo indiviso de lo nombrable, como nuestros ademanes en el de lo sensible" (p. 25)*. La imaginación es nuestra capacidad de permitir que el lenguaje trabaje libremente en nuestro interior; la disociación es la inhibición de esa capacidad. Podríamos utilizar aquí los términos que propone Lacan: la imaginación tiene lugar en el ámbito de lo Simbólico, la disociación en el de lo Imaginario. Merleau-Ponty (1964) lo explicaba del siguiente modo: se des-

* Merleau Ponty, M. (1964). *Signos*. Barcelona: Seix Barral.

troza el lenguaje cuando se hace de él un medio o un código para el pensamiento, y se queda imposibilitado para comprender a qué profundidad circulan en nosotros las palabras, ya sea que exista una necesidad, una pasión de hablar, una precisión de hablarse a uno mismo desde el momento que uno piensa, ya sea que tengan las palabras un poder de suscitar pensamientos –de implantar dimensiones de pensamiento inalienables en lo sucesivo–, ya sea que ellas pongan en nuestros labios respuestas de las que no nos sabíamos capaces, ya sea que nos hagan conocer, dice Sartre, nuestro propio pensamiento.” (p. 25)*

La ausencia de disociación no se define por la presencia de alguna experiencia particular a la que se le ha impedido existir. Esa forma de pensar sería un dualismo simplista, como si la experiencia solamente pudiera estar presente o ausente, como si sólo pudiera ser formulada o no formulada. En cambio, la ausencia de disociación se define como la (relativamente) irrestricta curiosidad, un argumento que inmediatamente nos permite decir que la experiencia puede ser altamente imaginada o altamente disociada, con todas las variaciones implícitas entre esos extremos. En el caso de Hannah, por ejemplo, ciertamente no es mi intención decir que yo no haya formulado mi experiencia. Más bien, no la formulé de determinada forma, no fui capaz de permitirme una curiosidad abierta, la libertad de pensamiento y sentimiento, una imaginación irrestricta. En efecto, formulé mi experiencia de la interacción con Hannah; solo que las experiencias que formulé habían sido imaginadas de modo demasiado incompleto como para ser útiles. Mi experiencia estaba constreñida, era alta y rígidamente selectiva. No pude hacerme las preguntas que hubiesen hecho accesible mi propia experiencia. No pude utilizar las posibilidades que me ofrecía mi experiencia. Necesitaba poder ampliar mi contexto, es decir, mi estado mental para imaginar más, para ser capaz de que mi mente abarcara una idea más inclusiva y matizada de lo que Hannah y yo hacíamos el uno con el otro.

Del mismo modo en que la disociación es un fracaso de la imaginación, también el *enactment* es un signo de que la imaginación ha fallado. El fracaso por lo general es comprensible, informativo, temporario y relativo, pero continúa siendo un fracaso, porque constituye una clase de trampa que nos impide sentir curiosidad. Claro que el *enactment* es a la vez una clase de comunicación inconsciente, la única forma en que algunas experiencias pueden ser llevadas a la situación analítica. En ese sentido, el *enactment* es un don y no constituye un fracaso en absoluto. De

hecho, sin éste, la imaginación tendría mucho menos material para transformar. El hecho de que estas dos interpretaciones del *enactment* parezcan contradecirse una a la otra, meramente constituye una nueva evidencia (por si la necesitábamos) de cuán rica y variada es la realidad: el mundo nos permite hacer interpretaciones que la lógica podría decirnos que no pueden coexistir; y sin embargo lo hacen. Para complicar aún más las cosas, muchos de nosotros pensamos ahora al *enactment* como continuo: el analista siempre está implicado de modo inconsciente. Pero por supuesto que también la imaginación de algún modo prosigue de modo continuo. La experiencia es formulada y no formulada, libre en algunos sentidos, constreñida en otros. Cada momento puede ser concebido de ambos modos y probablemente así debiera ser.

Cuando el paciente revela el camino hacia la libertad

El elemento crucial de un impasse [*deadlock*] puede describirse como la pérdida, en cada uno de los participantes, de la capacidad de ver o valorar la perspectiva del otro; de lo cual se desprende que, quizás, la forma principal de remitir un impasse [*deadlock*] sea volviendo a despertar esa capacidad. Claro que resulta más sencillo hacer referencia a ese despertar que lograrlo, porque las personas involucradas en un impasse [*deadlock*] tratan, por definición, de forzar al otro hacia una serie de percepciones. Considerar la perspectiva del otro es precisamente lo que ninguno quiere hacer. En consecuencia, las expresiones más directas de los sentimientos o las percepciones de uno de los participantes respecto del otro, o de la situación entre ambos, contienen alguna variedad de reproche; y la culpabilización, obviamente, no resuelve nada.

Pero hay ciertas clases de expresiones directas que, aun desde dentro de un impasse [*deadlock*] pueden y hacen cambiar la naturaleza del campo analítico. Si el analista hace una observación no culpabilizadora del analizando, que sea precisamente descriptiva y sentida (pero que puede, a pesar de todo, transmitir enojo u otros aspectos de la carga afectiva del impasse [*deadlock*]), da la oportunidad de despertar, o volver a despertar, la capacidad del analizando para la empatía hacia la circunstancia en cuestión (podría agregar aquí que la empatía del analizando hacia la posición del analista es algo de lo que dependemos – más a menudo de lo que reconocemos). Una vez que se ha suscitado la empatía del analizando hacia la posición del analista, a éste le resulta mucho más sencillo habitar los estados mentales desde los que puede formularse el

estado del *self* del analizando. Claro que esto puede ocurrir, también, en la otra dirección, lo cual es, realmente, más directo: una expresión precisa, sincera, directa del analizando puede distender al analista para así volver a disponer de los estados mentales necesarios⁵. En estos casos, la expresión emocional del analizando es el elemento extraño que revela al analista un camino hacia la libertad.

Uno de mis ejemplos favoritos de esta clase de intervención proviene del relato que hace Bollas (1983) del tratamiento de una paciente extremadamente controladora: “Temo que sea imposible transmitir cuán enloquecedora puede ser esta mujer, ya que la realidad de sus presentaciones del *self* son realmente tan increíbles que por poco desafían toda comunicación” (p. 28). Luego de un período largo y absolutamente ineficaz en el que intentó interpretar lo que enfrentaba de un modo tradicional, Bollas comenzó a fantasear, mientras estaba con la paciente, que ella se mudaba, que se sentía desilusionada de él y consultaba a otra persona, que sufría una caída nerviosa y era arrebatada de sus manos por el hospital. “Muchas veces pensé que tendría que decirle que desafortunadamente no estaría capacitado para continuar con ella y que le diría que la práctica privada tiene sus límites y así seguiría” (p.27). Sin embargo, un día ella formuló una queja que hizo que Bollas se incorporara y prestara atención: le dijo que él se había vuelto frío y distante de ella. Bollas supo inmediatamente que la paciente tenía razón, si bien él no había formulado antes la observación: “me había alejado de ella y siempre estaba en guardia de que volviera a usarse a sí misma como una especie de hecho penoso” (p.28). Bollas le dijo luego a su paciente:

Estoy muy contento de que haya dicho esto porque, en un sentido, creo que tiene toda la razón. Me he vuelto un poco frío, como usted dice, y me doy cuenta que he tomado distancia en estas últimas se-

⁵ Para nada quiero decir que la empatía mutua respecto de la posición emocional del otro sea siempre la clase de situación más terapéutica que puede tener lugar entre el analista y el analizando, ni que ese estado de relación sea siempre la meta. Tomar esa postura sería negar la importancia que tienen las identificaciones complementarias del analista (Racker, 1968) y la receptividad auténtica que inspiran en la contra-transferencia. También sería ignorar la importancia crucial del sostén, en el cual la empatía no puede ni debe ser recíproca; el analista debe simplemente aceptar los sentimientos positivos o negativos del analizando, en ocasiones en dosis bastante pesadas durante un período prolongado. Todos nosotros creemos que la libertad del analista para experimentar en la contratransferencia, y la libertad del paciente para experimentar en la transferencia son aspectos importantes de la acción terapéutica (en el caso del paciente, una libertad que casi nunca se ve limitada ni por un peligro realista de retaliación franca, ni por ninguna exigencia de comprender la experiencia del analista).

siones, algo de lo que usted se da cuenta muy bien. Pero qué le parece si pensamos cómo fue que pasó esto. Soy de la opinión de que si usted misma pudiera convencerse y dejar de ser tan insoportablemente traumática, entonces yo podría sentirme un poco más cómodo en su compañía y podríamos centrarnos en la tarea de comprenderla (p.28).

Más adelante Bollas agrega que pensaba que la paciente se había referido a su distanciamiento de ella porque sabía que esto era algo en su vida que necesitaba ser trabajado. La paciente respondió a todo esto con un nivel de madurez que Bollas no había visto antes.

A primera vista podría parecer que fue la intervención de Bollas lo que le permitió a la paciente tratarlo de modo diferente, a raíz de lo cual él pudo adoptar un estado mental que le permitió formular la perspectiva de la paciente. Pero, ¿por qué a Bollas se le ocurrió esta intervención tan influyente? Es en respuesta a la observación que la paciente hace de él, aunque ésta estuviera entorpecida por su estatus de "hecho penoso". Notemos que Bollas no había podido ver su frialdad y distancia emocional respecto de la paciente hasta que ella hizo la observación. Eso significa, en los términos que estoy empleando, que Bollas estaba atrapado en un estado del *self* aislado (disociado), improductivo y no responsivo, un estado en el que no había pensado formular ni su frialdad ni el dolor que su paciente debió haber sentido por ésta. Es decir, el estado mental de enojo que tenía Bollas estaba disociado del estado del *self* en el cual hubiera sido posible una percepción más productiva de la paciente. Parece que la recuperación del uso de su mente para ayudar a esta mujer con su histeria fue el resultado, por lo menos en parte, de la intervención de ella, algo muy parecido a lo que ocurrió cuando Hannah desestabilizó mi disociación con su interpretación del sueño.

Quizás incluso debiéramos preguntarnos si es más frecuente que los pacientes vayan en ayuda de sus analistas en los casos en que los *impasses* [*deadlock*] se pueden resolver. Tomemos los casos en los que, como el de Bollas, el analista logra salir del atolladero del campo al ofrecer una respuesta emocional directa. ¿Cómo es que un analista bloqueado, atrapado en su propio deseo de controlar al paciente y, a la vez, en conflicto y lucha contra este deseo, de pronto encuentra que es posible ofrecer una observación directa que no culpabiliza al paciente, que lo reconoce y que no es controladora? ¿Acaso la capacidad misma de ofrecer una respuesta como la dada no sugiere que el cambio importante ya ha

tenido lugar? En ocasiones el analista puede encontrar su propio camino para llegar a esa resolución; pero, con mucha frecuencia, debe ser el paciente el que pone en marcha esta especie de acontecimiento mutativo, aunque sea en forma enloquecedora. Parece ser que uno de los elementos extraños más significativos es la ayuda inesperada por parte del paciente, que se anuncia con frecuencia por medio de esa irritación afectiva persistente, y que el analista debe permitirse percibir, si es que quiere resolver su propia disociación y hallar la forma de comprender.

Pero sin importar si es el analista o el analizando el que resuelve primero la disociación, la historia no termina aquí. La comprensión es más misteriosa que la mera ausencia de disociación; no necesariamente ésta se acomoda en su lugar tan pronto como desaparecen nuestros motivos inconscientes para evitarla. La perspectiva que nos llega de Heidegger, Gadamer, Merleau-Ponty, y otros es que no hay una forma de codificar el proceso mediante el cual se llega a la comprensión. Nadie puede decir exactamente por qué la comprensión tiene lugar cuando lo hace, por qué los horizontes se funden ahora y no hace cinco minutos o ayer, por qué en determinado momento el lenguaje se vuelve capaz de contener una experiencia, cuando hace un instante no lograba hacerlo. Incluso una vez que se ha resuelto la disociación, lo máximo que podemos hacer es permitir que la historia, o la tradición, o el discurso y la conducta del otro actúen libremente en nuestro interior. No podemos decidir comprender, incluso en las mejores circunstancias; solamente podemos esforzarnos por ubicarnos en la mejor posición para comprender. Y así, a la vez que es crucial que el analista resuelva su disociación, esto no garantiza nada: meramente significa que el movimiento circular puede dar lugar a la expansión y el florecimiento del significado con menor obstrucción de las motivaciones que son retenidas en el inconsciente. La nueva comprensión puede tener lugar inmediatamente después, o no. Resolver disociaciones le da ventaja al lenguaje, pero está más allá de nuestra posibilidad conocer qué hará el lenguaje de allí en más.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Benjamin, J. (1990), Afterword to "Recognition and Destruction: An outline of intersubjectivity." In: *Relational Psychoanalysis*, ed. S. Mitchell & L. Aron. Hillsdale, NJ: The Analytic Press, 1999, pp. 201–210.
- (2000), Intersubjective distinctions: Subjects and persons, recognition and breakdown. *Psychoanal. Dial.*, 10:43–55.
- Bollas, C. (1983), Expressive uses of the countertransference. *Contemp. Psychoanal.*, 19:1–34.
- Bromberg, P. M. (1998), *Standing in the Spaces: Essays on Clinical Process, Trauma, and Dissociation*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Davies, J. M. (1996), Linking the pre-analytic with the postclassical: Integration, dissociation, and the multiplicity of unconscious processes. *Contemp. Psychoanal.*, 32:553–576.
- (1997), Dissociation and therapeutic enactment. *Gender & Psychoanal.*, 2:241–257.
- (1998), The multiple aspects of multiplicity: Symposium on clinical choices in psychoanalysis. *Psychoanal. Dial.*, 8:195–206.
- (1999), Getting cold feet defining "safe-enough" borders: Dissociation, multiplicity, and integration in the analyst's experience. *Psychoanal. Quart.*, 78:184–208.
- (2002), Whose bad objects are we anyway? Repetition and our elusive love affair with Evil. Presented at the Inaugural Conference of the International Association for Relational Psychoanalysis and Psychotherapy, "Relational Analysts at Work: Sense & Sensibility," January 19, New York.
- & Frawley, M. G. (1991), Dissociative processes and transferencecountertransference paradigms in the psychoanalytically oriented treatment of adult survivors of childhood sexual abuse. *Psychoanal. Dial.*, 2:5–36.
- & ————— (1994), *Treating the Adult Survivor of Childhood Sexual Abuse*. New York: Basic Books.
- Elkind, S. (1992), *Resolving Impasses in Therapeutic Relationships*. New York: Guilford.
- Flax, J. (1996), Taking multiplicity seriously: Some implications for psychoanalytic theorizing and practice. *Contemp. Psychoanal.*, 32:577–593.
- Gadamer, H.-G. (1965), *Truth and Method*, 2nd ed. Trans. & ed. G. Barden & J. Cumming. New York: Seabury Press, 1975.
- Geertz, C. (1974), "From the native's point of view": On the nature of anthropological understanding. In: *Local Knowledge*. New York: Basic Books, 1983, pp. 55–70.
- Habermas, J. (1971), *Knowledge and Human Interests*. Boston: Beacon Press.
- Harris, A. (1996), The conceptual power of multiplicity. *Contemp. Psychoanal.*, 32:537–552.
- Hirsch, I. (2000), Interview with Benjamin Wolstein. *Contemp. Psychoanal.*, 36: 187–232.
- Merleau-Ponty, M. (1964), *Signs*. Evanston, IL: Northwestern University Press.

- (1973), *The Prose of the World*. Evanston, IL: Northwestern University Press.
- Mitchell, S. A. (1991), Contemporary perspectives on self: Toward an integration. *Psychoanal. Dial.*, 1:121–147.
- (1993), *Hope and Dread in Psychoanalysis*. New York: Basic Books.
- Ogden, T. H. (1994), *Subjects of Analysis*, Northvale, NJ: Aronson.
- Pizer, B. (2003), When the crunch is a (k)not: A crimp in relational dialogue. *Psychoanal. Dial.*, 13:171–192.
- Pizer, S. (1998), *Building Bridges: The Negotiation of Paradox in Psychoanalysis* Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- (accepted), Impasse recollected in tranquility: Love, dissociation, and discipline in the analytic process. *Psychoanal. Dial.*
- Racker, H. (1968), *Transference and Countertransference*. New York: International Universities Press.
- Ricoeur, P. (1970), *Freud and Philosophy: An Essay on Interpretation*. New Haven, CT: Yale University Press.
- (1977), The question of proof in Freud's psychoanalytic writings. *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 25:835–871.
- (1981), *Hermeneutics and the Human Sciences*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Ringstrom, P. (1998). Therapeutic impasses in contemporary psychoanalytic treatment: Revisiting the double bind hypothesis. *Psychoanal. Dial.*, 8:297–315.
- Russell, P. (n.d.), Crises of emotional growth (also known as “The theory of the crunch.”). Unpublished manuscript.
- Slavin, M. O. (1996), Is one self enough? Multiplicity in self organization and the capacity to negotiate relational conflict. *Contemp. Psychoanal.*, 32:615–625.
- & Kriegman, D. (1992), *The Adaptive Design of the Human Psyche*. New York: Guilford.
- & ——— (1998), Why the analyst needs to change: Toward a theory of conflict, negotiation, and mutual influence in the therapeutic process. *Psychoanal. Dial.*, 8:247–284.
- Stern, D. B. (1983), Unformulated experience. *Contemp. Psychoanal.*, 19:71–99.
- (1997), *Unformulated Experience*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- (accepted), The eye sees itself: A theory of dissociation, conflict, and enactment. *Contemp. Psychoanal.*
- Sullivan, H. S. (1950), The illusion of personal individuality. In: *The Fusion of Psychiatry and Social Science*. New York: Norton, 1964, pp. 198–228.
- Winnicott, D. W. (1971), *Playing and Reality*. London: Tavistock.